



MI VERANO

¡Quema y presume!



Por Claudia Yera Jaime
(claudia@vanguardia.cu)

El carbón vegetal se obtiene a través de métodos tradicionales, transmitidos de generación en generación, mediante la combustión controlada de la madera. La primera vez que lo encendí perdí dos horas y la uña del dedo anular se me derritió en contacto con la jabita de nailon prendida que empleaba como carburante. En la siguiente ocasión, logré que ardiera tras 30 minutos en modo pirómana con cuanto pedacito de goma o plástico apareciera por mis patios o los aledaños.

Así aprendí que al carbón hay que enterrarle con un «fin de sin susto». Hay que acomodarlo, irle sin miedo y no darle el gusto de que nos derrita la paciencia. Cocino con carbón y actitud de diosa: con un abanico azul rey con motivos dorados lo atizo fuerte, conjugando elegancia y premura, tiznada, pero con glamur.



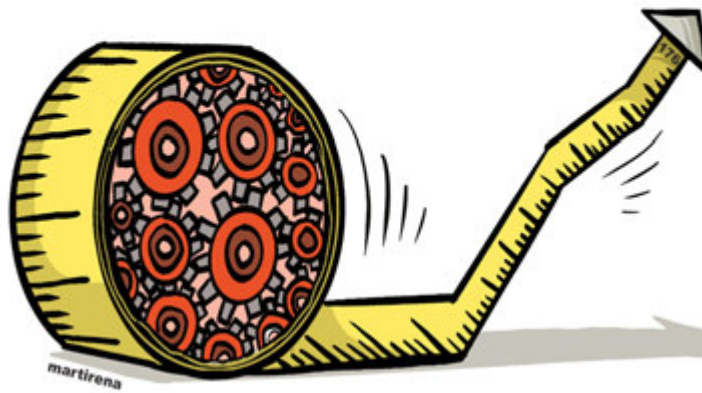
Un amigo doctor en Ciencias trabaja en un fogón de combustión con viruta de madera como vía alternativa del carbón; más de una vez su camisa, siempre impoluta, se ha visto ultrajada por los vestigios de los tizones prendidos para preparar el café mañanero. En su barrio, por las noches, se escucha la sinfonía de las cacerolas y estropajos en pugna con las oscuras manchas provocadas por las llamas a destiempo.

Los precios se han disparado, y los carboneros tienen la autoestima y el patrimonio por las nubes, queman y alardean. Un vecino, dedicado al ancestral oficio, llegó a casa de la novia orondo con un saco de carbón, una docena de huevos, una mano de plátano burro y un pomo de aceite. Ella lo abrazó tantísimo.

En redes sociales se han replicado los posts de las adaptaciones de un polaquito y una motoneta de gasolina a carbón, demostrando que el ingenio del cubano es de ignición vertiginosa y que este combustible natural tiene bondades escondidas.

Sin ánimo de presumir, les cuento que cerca de mi casa arde un horno de medianas proporciones, y ya convencí al dueño para que me cambiara un saco de carbón de primera, por una olla de frijoles colorados blanditos y una pastilla de jabón de lavar. ¡Hice el negocio del año!

Sin perder las esencias



EL anuncio de las numerosas medidas que materializarán las transformaciones económico-sociales, por las cuales ha apostado la máxima dirección del país para afrontar la situación actual, se coló inmediatamente en el debate que se genera a diario en los más diversos escenarios.

¿Cómo se implementarán? ¿Quiénes se beneficiarán? ¿Cuándo se harán notables los resultados? ¿Cómo quedaremos los cubanos de a pie? ¿Cuánto más se ampliará la brecha social abierta décadas atrás? ¿Cómo se atenderán las vulnerabilidades ya existentes y las derivadas de las nuevas decisiones? Son algunas de las interrogantes que guían la opinión pública y reflejan las expectativas de un pueblo ávido de soluciones para los problemas que encara en el ejercicio diario de la supervivencia.

El imperativo de fortalecer la economía para sustentar la justicia social emerge como uno de los puntos de consenso. Restaurar las conquistas de la Revolución, concretar las aspiraciones martianas de dignidad plena y una república «con todos y para el bien de todos», y honrar el pacto fidelista «con los humildes, por los humildes y para los humildes» resultan desafíos ineludibles en la búsqueda de la prosperidad desde el socialismo.

Tanta importancia como las medidas en sí, merecen el control y la participación popular, con una comunicación transparente y efectiva de la aplicación e impactos —positivos y negativos— de los cambios en todos los sectores, y sin renunciar a la mejora progresiva de cada resultado.

No basta con restablecer la producción de determinados bienes o la prestación de servicios. Hay que garantizar, también, sostenibilidad, diversidad y estabilidad en las ofertas; precios razonables

y asequibles para las familias con menores ingresos; calidad y buena atención; garantías laborales y salariales para los trabajadores; aportes tributarios para oxigenar otras actividades vitales para la población; beneficios comunitarios directos; responsabilidad ambiental y otras cuestiones que trascienden la mera rentabilidad de un negocio.

Por ello, se tornan igual de válidas las preguntas sobre cuánto se invertirá y cuándo se apreciará la recuperación en los sectores de la salud, la energía, los recursos hidráulicos, la educación, el transporte y la asistencia social, entre otros.

Casi de manera simultánea al anuncio de las transformaciones en el Parlamento cubano, en Villa Clara se materializó un ejemplo de la integración de diversos actores económicos y la apreciación de las señales del mercado para recuperar un servicio público perdido: las rutas entre Santa Clara y el resto de los municipios, y algunos viajes hacia otras provincias.

Contar con ómnibus de Transmetro en tramos donde antes solo existían máquinas de pasaje (taxis colectivos) o la necesidad de alquilar un vehículo completo para un viaje inevitable, por montos muy superiores, deja un saldo positivo. Sin embargo, la oferta sigue estando por encima del bolsillo promedio, mucho más si se trata de personas que viajan sistemáticamente o si una familia completa necesita trasladarse. En el caso de Corralillo, el territorio más alejado de la cabecera provincial, a cada pasajero le cuesta 5000 pesos un viaje de ida y retorno, por solo citar un ejemplo.

Está claro que lo recaudado con la tarifa tiene que cubrir el combustible y otros costos, pero no podemos conformarnos con esta «alternativa» tal y como se concibió, sino trabajar para disminuir los precios sin afectar la sostenibilidad, brindar la posibilidad de realizar el pago a través de canales digitales y, en el plazo más corto posible, restablecer las rutas tradicionales, para que la visita a un familiar no haga tambalear las finanzas de todo un mes.

Lo mismo ocurre con los alimentos. Además de producirlos, lograr la soberanía alimentaria y el autoconsumo local, y cumplir los indicadores per cápita, hay que consolidar la seguridad alimentaria en el plato de cada cubano, porque, a diferencia de los viajes, la ingesta diaria no se puede postergar.



Por Mónica Sardiña Molina
(monica@vanguardia.cu)

«De vez en mes», el desafío de sangrar

Menstruar en nuestro país duele más en el bolsillo que en los ovarios. Tristemente, las féminas cubanas nos vemos obligadas mensualmente a abonar cerca de la mitad de nuestro salario en pos de la higiene menstrual. Cada 28 días, quienes tienen un ciclo regular, caen en la odisea de enfrentar y gestionar un proceso natural sin las condiciones estructurales garantizadas; contingencia aún más cruenta para quienes padecen afecciones ginecobstétricas.

La gran mayoría de las mujeres adaptamos las tareas, actividades y ritmo vital al dolor, los sangrados abundantes o la incomodidad propia del periodo. La legislación laboral cubana no reconoce la dismenorrea incapacitante como causa específica de incapacidad temporal; mas, lo que nos golpea con fuerza es la escasez persistente de almohadillas sanitarias u otros productos de higiene íntima en la red de farmacias y tiendas.

La asignación mensual de diez compresas a las mujeres entre 10 y 55 años de edad, resultaba una cantidad insuficiente para ciclos de entre tres y siete días de sangrado, pero constituía un paliativo que hace más de dos años se ha visto relegado por las carencias de insumos en la industria nacional.

En una revisión rápida en los grupos de ventas más conocidos de la provincia, resulta común encontrar las almohadillas Angélicas diurnas de 24 unidades a

1400 pesos, las anatómicas para flujo regular de 18 a 1050, las Always extralargas para flujo superabundante, de solo 8 compresas, a 800, y las ultrafinas importadas y las Mariposas nacionales con un precio entre 550 y 600 pesos cubanos. Cifras que resultan más exorbitantes en las conocidas candongas de la zona hospitalaria, donde la oferta y demanda alimenta la inflación.

Dos paquetes de compresas resultan insuficientes para que una mujer solvente su período menstrual. Imagine cuando en una casa

conviven cuatro féminas sangrando. ¡La cuenta no da! De ahí que se recurra al uso de telas reutilizadas como pañales, culeros y sábanas raídas de algodón, alternativas prácticas e imperantes, pero anti-higiénicas y poco seguras que incrementan exponencialmente el riesgo de infecciones y manchado.

El Fondo de Población de las Naciones Unidas (UNFPH) conceptualizó este fenómeno bajo el término pobreza menstrual: dificultad de acceder regularmente a productos seguros y adecuados para gestionar el ciclo menstrual. Esta organización

compartió recientemente que alrededor de 500 millones de mujeres y niñas en todo el mundo lo sufren, especialmente, en América Latina.

Si al infra-diagnóstico de los calambres, mareos y otros malestares derivados de la menstruación, le sumamos las precariedades materiales, caer con la regla se convierte en un desafío agónico y obligatorio, que no por re-

Por Claudia Yera Jaime
(claudia@vanguardia.cu)

